

DOMINGO 30 DEL TIEMPO ORDINARIO "C"



Los dos suben al templo a orar, pero cada uno lleva en su corazón su imagen de Dios y su modo de relacionarse con él.

El fariseo sigue enredado en una religión legalista:
para él lo importante es estar en regla con Dios
y ser más observante que nadie.

El recaudador, por el contrario, se abre al Dios del Amor
que predica Jesús:

ha aprendido a vivir del perdón, sin vanagloriarse de nada
y sin condenar a nadie.

PRIMERA LECTURA.

Lectura del libro del Eclesiástico (35,12-14.16-18):

El Señor es un Dios justo, que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor, y su grito alcanza las nubes; los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan; no cesa hasta que Dios le atiende, y el juez justo le hace justicia.

Salmo

Sal 33,2-3.17-18.19.23

R/. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. **R/.**

El Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su memoria.
Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias. **R/.**

El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.
El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (4,6-8.16-18):

Estoy a punto de ser sacrificado, y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida. La primera vez que me defendí, todos me abandonaron, y nadie me asistió. Que Dios los perdone. Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles. Él me libró de la boca del león. El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Lectura del santo evangelio según san Lucas (18,9-14):

En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo."



El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador." Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»

PARA INACEPTABLES

Hay una frase de Jesús que sin duda refleja una convicción y un estilo de actuar que sorprendieron y escandalizaron a sus contemporáneos: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos... Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores». El dato es histórico: Jesús no se dirigió a los sectores piadosos, sino a los indignos e indeseables.

La razón es sencilla. Jesús capta rápidamente que su mensaje es superfluo para quienes viven seguros y satisfechos en su propia religión. Los «justos» apenas tienen sensación de estar necesitados de «salvación». Les basta la tranquilidad que proporciona sentirse dignos ante Dios y ante la consideración de los demás.

Lo dice gráficamente Jesús: a un individuo lleno de salud y fortaleza no se le ocurre acudir al médico. ¿Para qué necesitan el perdón de Dios los que, en el fondo de su ser, se sienten inocentes?, ¿cómo van a agradecer su amor inmenso y su comprensión inagotable quienes se sienten «protegidos» ante él por la observancia escrupulosa de sus leyes?

El que se siente pecador vive una experiencia diferente. Tiene conciencia clara de su miseria. Sabe que no puede presentarse con suficiente dignidad ante nadie; tampoco ante Dios; ni siquiera ante sí mismo. ¿Qué puede hacer sino esperar todo del perdón de Dios? ¿Dónde va a encontrar salvación si no es abandonándose confiadamente a su amor infinito?

Yo no sé quién puede llegar a leer estas líneas. En estos momentos pienso en los que os sentís incapaces de vivir de acuerdo con las normas que impone la sociedad; los que no tenéis fuerzas para vivir el ideal moral que establece la religión; los que estáis atrapados en una vida indigna; los que no os atrevéis a mirar a los ojos a vuestra esposa ni a vuestros hijos; los que salís de la cárcel para volver de nuevo a ella; las que no podéis escapar de la prostitución... No lo olvidéis nunca: Jesús ha venido para vosotros.

Cuando os veáis juzgados por la Ley, sentíos comprendidos por Dios; cuando os veáis rechazados por la sociedad, sabed que Dios os acoge; cuando nadie os perdona vuestra indignidad, sentid el perdón inagotable de Dios. No lo merecéis.

No lo merecemos nadie. Pero Dios es así: amor y perdón. Vosotros lo podéis disfrutar y agradecer. No lo olvidéis nunca: según Jesús, solo salió limpio del templo aquel publicano que se golpeaba el pecho diciendo: «¡Oh, Dios!, ten compasión de este pecador».

José Antonio Pagola

POUR DES INACCEPTABLES

Il y a une phrase de Jésus qui reflète sans doute une conviction et une manière d'agir qui a surpris et scandalisé ses contemporains: «Ce ne sont pas les bien-portants qui ont besoin d'un médecin, mais les malades.... Je ne suis pas venu appeler les justes, mais les pécheurs». C'est une donnée historique: Jésus ne s'est pas adressé aux pieux, mais aux indignes et aux indésirables.

La raison en est simple. Jésus comprend vite que son message est superflu pour ceux qui vivent en sécurité et satisfaits dans leur propre religion. Les «justes» n'ont guère l'impression d'avoir besoin d'être «sauvés». La paix de l'esprit que procure le fait de se sentir dignes aux yeux de Dieu et aux yeux des autres leur suffit.

Jésus le dit avec vivacité: il ne vient pas à l'esprit d'un individu sain et fort d'aller chez le médecin. Pourquoi ceux qui se sentent innocents au fond d'eux-mêmes auraient-ils besoin du pardon de Dieu? Comment ceux qui se sentent «protégés» devant lui par l'observance scrupuleuse de ses lois pourraient-ils être reconnaissants de son immense amour et de son inépuisable compréhension?

Celui qui se sent pécheur fait une expérience différente. Il a une conscience claire de sa misère. Il sait qu'il ne peut se présenter avec suffisamment de dignité devant personne, surtout pas devant Dieu, même pas devant lui-même. Que peut-il faire d'autre que d'espérer tout du pardon de Dieu? Où peut-il trouver le salut si ce n'est en s'abandonnant avec confiance à son amour infini?

Je ne sais pas qui lira ces lignes. En ce moment, je pense à ceux d'entre vous qui se sentent incapables de vivre selon les normes imposées par la société; à ceux qui n'ont pas la force de vivre l'idéal moral établi par la religion; à ceux qui sont prisonniers d'une vie indigne; à ceux qui n'osent pas regarder leur femme et leurs enfants dans les yeux; à ceux qui quittent la prison pour y retourner; à ceux qui ne peuvent pas échapper à la prostitution? N'oubliez jamais: Jésus est venu pour vous.

Quand vous vous verrez jugés par la Loi, sentez-vous compris par Dieu; quand vous vous verrez rejetés par la société, sachez que Dieu vous accueille; quand personne ne pardonnera votre indignité, sentez le pardon inépuisable de Dieu. Vous ne le méritez pas. Personne ne le mérite. Mais Dieu est comme ça: amour et pardon. Vous pouvez en jouir et en être reconnaissants. N'oubliez jamais: selon Jésus, seul le publicain qui se frappait la poitrine en disant: «Oh, Dieu, aie pitié du pécheur que je suis» est sorti pur du temple.

José Antonio Pagola
Traductor: Carlos Orduña